

¿Por qué hay personas,
grupos sociales y países
con mayor progreso
económico que otros?

DISCRIMINACIÓN Y DISPARIDADES

Thomas Sowell

«Sowell desmiente de manera
sosegada pero persuasiva
mitos y creencias ideológicas
sobre raza, etnia, economía,
historia y cultura.»

NEW YORK JOURNAL OF BOOKS



Discriminación y disparidades

¿Por qué hay personas, grupos sociales
y países con mayor progreso económico
que otros?

THOMAS SOWELL

Traducción de Alexandre Casanovas



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Discrimination and Disparities*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Basic Books, un sello de Perseus Books, LLC, que forma parte de Hachette Book Group, Inc. El nombre y logo de Basic Books es una marca de Hachette Book Group.

© Thomas Sowell, 2019

© de la traducción, Alexandre Casanovas, 2024

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: septiembre de 2024

Depósito legal: B. 14.290-2024

ISBN: 978-84-234-3778-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prólogo.....	11
1. Disparidades y prerrequisitos	15
2. Discriminación: significados y costes.....	59
3. Organizar y desorganizar a la gente	101
4. El mundo de los números.....	147
5. El mundo de las palabras.....	191
6. Visiones sociales y consecuencias humanas	243
7. Hechos, suposiciones y objetivos	297
Agradecimientos	351

Disparidades y prerrequisitos

Las grandes disparidades o desigualdades en las condiciones económicas —o de otra índole— entre personas, grupos y países han provocado distintas reacciones, que abarcan desde la perplejidad hasta la indignación. Los intentos de explicar las causas de estas disparidades también han generado una amplia variedad de respuestas. En un extremo del conjunto de explicaciones propuestas encontramos la creencia de que aquellos que han sido menos afortunados en sus resultados en la vida son menos capaces desde un punto de vista genético. En el extremo opuesto se encuentra la convicción de que los menos afortunados son víctimas de otras personas que han tenido más suerte.

Entre ambos extremos hay muchas otras explicaciones. Sin embargo, sea cual sea la explicación ofrecida, todas parecen coincidir en que las disparidades observadas en el mundo real no encajan con lo que cabría esperar por la simple acción de la casualidad y el azar. No obstante, la desigualdad en los resultados obtenidos en una actividad económica o de cualquier otra índole no tiene por qué deberse a una disparidad comparable en las capacidades innatas o en la forma en que unas personas tratan a otras.

Las disparidades también pueden reflejar el simple hecho de que el éxito en iniciativas distintas depende de una serie de pre-

rrequisitos específicos a cada una de esas actividades; y que una diferencia relativamente pequeña en el cumplimiento de esos prerrequisitos puede significar una enorme diferencia en los resultados obtenidos.

Prerrequisitos y probabilidades

El efecto de los prerrequisitos sobre las probabilidades es claro y directo. Cuando una actividad requiere cinco prerrequisitos para poder ser llevada a cabo de forma satisfactoria, la posibilidad de realizarla con éxito depende, por definición, de la probabilidad de poseer esas cinco precondiciones necesarias al mismo tiempo. Esos requisitos previos no tienen por qué ser inusuales para producir una distribución distorsionada de los resultados. Por ejemplo, aunque esos prerrequisitos sean muy comunes, hasta el punto de que dos de cada tres personas tengan alguno de ellos, las posibilidades de poseer los cinco al mismo tiempo y de llevar a cabo con éxito esa iniciativa siguen siendo escasas.

Cuando la probabilidad de tener uno de los cinco prerrequisitos es de dos sobre tres, como en este ejemplo, la posibilidad de poseerlos todos a la vez equivaldría a multiplicar dos tercios por dos tercios cinco veces. En el ejemplo, el resultado sería de $32/243$, o aproximadamente un octavo.³ En otras palabras, las posibilidades de fracasar son de siete sobre ocho. Todas las personas que no

3. El fuerte descenso de las posibilidades de éxito cuando se requieren múltiples factores para una iniciativa cualquiera, incluso cuando los prerrequisitos son pocos y comunes, sólo es una de las causas que explican por qué la igualdad en los resultados es menos probable. Otras causas pueden ser algunas influencias que no llegan a la categoría de prerrequisitos, por lo que la creciente multiplicidad de los factores —ya sean prerrequisitos u otras influencias— incrementa el número de posibles combinaciones y alteraciones que afectan a los resultados, de modo que se reduce la probabilidad de que los resultados satisfactorios reflejen una tendencia igualitaria. Un caso concreto de una influencia que no llega a la condición de prerrequisito podría ser, por ejemplo, que ser zurdo representa una ventaja para los jugadores de béisbol con la posición de primera base. Aunque ha habido un buen número de jugadores diestros

posean al mismo tiempo los cinco prerrequisitos obtendrán el mismo resultado: el fracaso. Sólo aquellas con los cinco alcanzarán el éxito. Este fenómeno produce una distribución muy sesgada, que en ningún caso se parece a la típica distribución normal en forma de campana que podría esperarse de otro modo.⁴

¿Qué significa este pequeño ejercicio aritmético en el mundo real? Una de las conclusiones es que, en las actividades que requieren múltiples prerrequisitos, no deberíamos esperar que el éxito esté repartido de forma equitativa o aleatoria entre los distintos individuos, grupos, instituciones o países. Y si se trata de verdaderos prerrequisitos, tener cuatro de los cinco no sirve para nada, al menos en lo que respecta a las posibilidades de éxito. En otras palabras, las personas que poseen la mayoría de los prerrequisitos para el éxito, pero que no los tienen todos, no obtendrán nada más que un completo fracaso.

El prerrequisito que falta puede ser simple o complejo, su ausencia puede anular el efecto de todos los que están presentes. Si una persona es analfabeta, por ejemplo, todas las cualidades positivas que pueda tener no sirven para nada en muchas, si no en casi todas, las profesiones actuales. Incluso en una fecha tan relativamente reciente como el año 1950, más del 40 por ciento de la población mundial adulta era analfabeta. Más de la mitad de los adultos de Asia y África entraban dentro de ese porcentaje.⁵

que han demostrado un extraordinario rendimiento como primeras bases, los zurdos están sobrerrepresentados en esta posición concreta dentro del campo.

4. La posibilidad de tener uno, dos, tres, cuatro o cinco prerrequisitos podría mostrar una distribución normal, en campana de Gauss, pero los resultados no seguirían este patrón. Si la distribución de los resultados se marca en una gráfica, con el número de los prerrequisitos en el eje de abscisas (horizontal) y los resultados ganadores en el eje de ordenadas (vertical), todas las personas con uno, dos, tres o cuatro prerrequisitos tendrán un número de éxitos igual a cero, lo que se representa con una línea que coincide con el eje de abscisas. Con los cinco prerrequisitos, la línea subirá de repente en un ángulo recto sobre el eje de abscisas, lo cual representa los distintitos grados de éxito. Es una gráfica que no tiene nada que ver con una distribución normal en campana.

5. *World illiteracy at mid-century: a statistical study*, Unesco, 1957, p. 15.

Si una persona no está preparada para soportar el sacrificio y el prolongado esfuerzo que requiere una iniciativa concreta, pese a tener todo el potencial innato para alcanzar el éxito, y aunque todas las puertas de la oportunidad se le abran de par en par, al final sólo obtendrá un completo fracaso.

No todos los prerrequisitos tienen por qué ser responsabilidad exclusiva de la persona afectada. Incluso tener unas capacidades extraordinarias en uno o varios de esos requisitos previos puede no significar nada en el resultado final.

A comienzos del siglo xx, por ejemplo, el profesor Lewis M. Terman, de la Universidad de Stanford, llevó a cabo una investigación en que siguió la trayectoria de 1.470 personas con un coeficiente intelectual (CI) de 140 o superior durante más de medio siglo. Los datos sobre la futura carrera profesional del grupo compuesto por los hombres —ya que en la época era poco habitual que las mujeres trabajaran a tiempo completo— revelaron profundas diferencias dentro de un subconjunto tan poco habitual, en el que todos sus miembros tenían un CI que estaba dentro del 1 por ciento más alto.⁶

Algunos de aquellos hombres tuvieron carreras profesionales de éxito, otros alcanzaron unos logros más modestos, y cerca de un 20 por ciento ofrecieron un rendimiento muy por debajo de lo esperado. De los 150 hombres que acabaron en esta última categoría, sólo ocho completaron un grado universitario, y varias docenas no pasaron del instituto. Dentro del grupo compuesto por los más exitosos, formado por un número similar de individuos, 98 consiguieron un título universitario; es decir, la disparidad llegaba a multiplicarse por diez dentro del conjunto de los hombres con un CI que estaba dentro del 1 por ciento más elevado.⁷

6. En 1940, menos de la mitad de las mujeres del grupo de Terman trabajaban a tiempo completo. Terman, Lewis M., *et al.*, *The gifted child grows up: twenty-five years' follow-up of a superior group*, Stanford University Press, p. 177, Estados Unidos, 1947.

7. Gladwell, Malcolm, *Fuera de serie: por qué unas personas tienen éxito y otras no*, Taurus, Barcelona, 2009.

Al mismo tiempo, dos hombres que hicieron el test de inteligencia durante su infancia, y que no llegaron a la marca del 140, recibirían años más tarde el Premio Nobel de Física, mientras que ninguno de los que tenían un CI de 140 o superior obtuvieron el Nobel en ninguna especialidad.⁸ Parece claro, por lo tanto, que todos los hombres del grupo de Terman tenían como mínimo uno de los prerrequisitos necesarios para alcanzar un logro tan extraordinario; o sea, un CI bastante elevado. Y también parece claro que debían existir otros prerrequisitos que no tenía ninguno de los cientos de hombres con un CI dentro del 1 por ciento más alto.

En cuanto a los factores que podrían explicar las diferencias en los resultados académicos y profesionales del grupo de Terman, el elemento más diferencial era el entorno familiar. Los hombres que obtuvieron los logros más destacados formaban parte de familias de clase media y alta, y crecieron en hogares donde los libros abundaban. En la mitad de los casos, los padres habían ido a la universidad, en un momento en que eso era mucho menos habitual que en la actualidad.⁹

Entre los hombres que tuvieron menos éxito, casi una tercera parte tenían un padre que había dejado el colegio antes de los 14 años de edad.¹⁰ Incluso tener un CI extraordinario no eliminaba la necesidad de contar con otros prerrequisitos.

En algunos casos, el factor ausente es algo tan simple como un mentor que orienta a la persona con un potencial extraordinario en la dirección adecuada. En una reunión social, un académico de prestigio internacional mencionó que, cuando era joven, jamás había pensado en la posibilidad de ir a la universidad; hasta que alguien le insistió para que lo hiciera. Y no es la única

8. Ibídem. Véase también Shurkin, Joel N., *Terman's kids: the groundbreaking study of how the gifted grow up*, Little, Brown & Company, p. 35, Estados Unidos, 1992; Saxon, Wolfgang, «William B. Shockley, 79, creator of transistor and theory on race», *The New York Times*, 14 de agosto de 1989, p. D9; Smith, J. Y., «Luis Alvarez, Nobel-winning atomic physicist, dies», *The Washington Post*, 3 de septiembre de 1988, p. B6.

9. Gladwell, *Fuera de serie*, op. cit.

10. Ibídem.

persona con un talento excepcional de quien podría decirse lo mismo.¹¹

En cambio, otras personas, entre las que hay algunas que carecen de grandes capacidades, solicitan la entrada en la universidad de manera automática si provienen de ciertos grupos sociales donde hacerlo es una costumbre habitual. Pero, sin aquella persona concreta que tanto le insistió para que aspirara a una educación superior, aquel académico de prestigio internacional quizá sólo hubiera sido un buen trabajador en una profesión que no requería un título universitario; y nunca se habría convertido en un experto de talla mundial.

Es posible encontrar algo parecido a una curva normal, en forma de campana de Gauss, en el número de personas con un prerrequisito en particular y, aun así, obtener una distribución muy distorsionada en términos del éxito alcanzado, algo que requiere la posesión de todas las condiciones previas de forma simultánea. Este fenómeno no sólo es una posibilidad teórica; las pruebas empíricas sugieren que también sucede en la práctica.

En el golf, por ejemplo, encontramos algo parecido a una campana de Gauss en la distribución de ciertas habilidades individuales, como el número de *putts* por partida o la distancia recorrida con el primer golpe. Sin embargo, la distribución es extremadamente desigual en los resultados que exigen una amplia variedad de habilidades; en concreto, ganar un torneo de la Asociación de Golfistas Profesionales [la PGA, por sus siglas en inglés].¹²

La mayoría de los golfistas profesionales nunca han ganado un torneo de la PGA en toda su vida, mientras que sólo tres

11. El distinguido economista Richard Rosett sería otro buen ejemplo. Véase Sowell, Thomas, *The Einstein syndrome: bright children who talk late*, Basic Books, pp. 47-48, Estados Unidos, 2001. El autor del bestseller *Hillbilly, una elegía rural* también sería otro ejemplo; véase Vance, James D., *Hillbilly, una elegía rural: memorias de una familia y una cultura en crisis*, Deusto, Barcelona, 2017.

12. Murray, Charles, *Human accomplishment: the pursuit of excellence in the arts and sciences, 800 B.C. to 1950*, HarperCollins, pp. 98-99, Estados Unidos, 2003.

—Arnold Palmer, Jack Nicklaus y Tiger Woods— se han alzado con la victoria en más de doscientas competiciones de la PGA.^{13, 14} Además, estas distribuciones tan sesgadas aparecen de nuevo si hablamos de los grandes logros en el tenis y el béisbol, entre otras actividades.¹⁵

Habida cuenta de los múltiples prerrequisitos necesarios en muchas actividades humanas, no debería sorprendernos que el progreso social o económico no se distribuya de forma equitativa o aleatoria entre individuos, grupos, instituciones o países en un momento dado. Tampoco debería sorprendernos que los grupos rezagados durante una época avancen con decisión en un período posterior, o que los líderes mundiales en un siglo concreto se queden retrasados más adelante. Cuando la pérdida o la obtención de un solo prerrequisito puede convertir el éxito en fracaso, o bien el fracaso en éxito, no debería asombrarnos que, en un mundo cambiante, los avanzados y los rezagados de un siglo o un milenio intercambien sus puestos en una época posterior.

Si los propios prerrequisitos cambian con el paso del tiempo o el desarrollo de nuevos tipos de tareas, o si los avances del conocimiento humano revolucionan las actividades existentes, la posibilidad de que un patrón concreto sobre el éxito y el fracaso se vuelva permanente se reduce de forma considerable.

El cambio más revolucionario en la evolución de las sociedades humanas quizá haya sido el desarrollo de la agricultura, que tuvo lugar durante el último 10 por ciento de la existencia temporal de nuestra especie. La agricultura permitió alimentar a una población que ya se había concentrado en las ciudades, que, a su vez, fueron (y hoy siguen siendo) el origen de la mayoría de los avances trascendentales en la ciencia, la tecnología y otros aspectos de la raza humana que llamamos civilización.¹⁶

13. *Ibídem.*

14. Corrigan, James, «Woods in the mood to end his major drought», *The Daily Telegraph*, 5 de agosto de 2013, pp. 16-17.

15. Murray, *Human accomplishment*, *op. cit.*

16. *Ibídem.*

Las civilizaciones más antiguas de las que tenemos conocimiento aparecieron en zonas geográficas con unas características sorprendentemente similares. Entre esos rasgos comunes, cabe destacar la presencia de valles con ríos donde se producían inundaciones anuales, como en la antigua Mesopotamia, el valle del río Indo en el subcontinente indio en tiempos remotos, el Nilo en el antiguo Egipto o el valle del río Amarillo en la China antigua.¹⁷

Resulta evidente que debían existir otros prerequisites, ya que esta combinación particular de elementos no había provocado la aparición de la agricultura, o bien de civilizaciones dependientes de los cultivos sedentarios, durante la mayor parte de la existencia de la especie humana. Las características genéticas propias de las razas que habitaban esas zonas en particular no parecen haber sido un factor determinante, ya que, en la actualidad, las poblaciones de estas mismas áreas no se encuentran en ningún caso a la vanguardia de los grandes logros de la humanidad.

En el mundo real, los patrones basados en una distribución muy desigual de las posibilidades de éxito son un fenómeno habitual desde hace mucho tiempo, y esos resultados tan dispares contradicen algunas de las conjeturas políticas fundamentales tanto de la izquierda como de la derecha. Personas que se encuentran en bandos enfrentados en muchas cuestiones políticas pueden llegar a compartir la creencia de que existe un mismo grado de probabilidades de éxito para todos, algo que no resulta realista en ningún caso.

Sin embargo, esta percepción errónea sobre las probabilidades de éxito —y la incapacidad del mundo real para cumplir con las expectativas que se derivan de esa apreciación tan defectuosa— puede impulsar la aparición de movimientos políticos, cruzadas ideológicas y sentencias judiciales, hasta el punto de incluir algunas decisiones del Tribunal Supremo de Estados Unidos, en las que unos simples datos estadísticos sobre un «impacto dispar», que reflejaban la presencia de resultados diferen-

17. Fairbank, John K.; y Reischauer, Edwin O., *China: tradition and transformation*, Houghton Mifflin, p. 17, Estados Unidos, 1978.

tes en grupos muy diversos, han bastado para crear una presunción de discriminación.

En el pasado, la existencia de disparidades estadísticas similares fue más que suficiente para fomentar el determinismo genético, del cual se derivaron la eugenesia, las leyes que prohibían los matrimonios interraciales y, allí donde se dieron otros prerequisites para que se produjera una catástrofe colosal, el Holocausto.

En pocas palabras, las profundas disparidades entre distintas poblaciones en el bienestar económico, los descubrimientos científicos, los avances tecnológicos y otros grandes logros han inspirado distintos intentos de explicar este fenómeno, intentos que abarcan todo el espectro ideológico. Para someter estas explicaciones al examen de la realidad, resultaría muy útil empezar con el análisis de algunas pruebas empíricas sobre las disparidades entre individuos, grupos sociales, instituciones y países.

Pruebas empíricas

Detrás de los numerosos intentos por tratar de explicar —y modificar— las evidentes disparidades en las condiciones de vida de los seres humanos, se encuentra una conjetura implícita: no habría desigualdades sin las correspondientes diferencias en la composición genética de las personas o en la forma en que son tratadas por otras. Estas disparidades se producen tanto entre individuos como entre grupos organizados en distintas clases de organizaciones, desde familias hasta empresas o países enteros.

La distribución desigual de los resultados también es habitual en la naturaleza, en muchos fenómenos sobre los cuales los seres humanos no tienen ningún control, desde la caída de rayos hasta la aparición de terremotos y tornados.

Personas

Aunque podría parecer factible encontrar unos resultados similares, o como mínimo comparables, entre personas de distintos

grupos sociales en ausencia de una intervención humana prejuzgada o de diferencias genéticas que condicionen dichos resultados, ninguna de esas creencias sobrevive el examen de las pruebas empíricas.

Por ejemplo, un estudio sobre los finalistas de la National Merit Scholarship [Becas Nacionales al Mérito] reveló que, de los candidatos provenientes de familias con cinco hijos, el primogénito tenía más posibilidades de llegar a la final que los otros cuatro hermanos, todos juntos.¹⁸ Los primogénitos también eran mayoría entre los finalistas de las familias de dos, tres y cuatro hijos.¹⁹ Y si no hay igualdad en los resultados obtenidos por personas nacidas de unos mismos padres y que han crecido bajo un mismo techo, ¿por qué cabría esperar —o asumir— una igualdad en los resultados cuando las condiciones no son en absoluto comparables?

Esos resultados representan todo un desafío para quienes creen en la influencia de la herencia o del entorno, según el uso convencional de estos términos.

Los datos sobre el coeficiente intelectual (CI) del Reino Unido, Alemania y Estados Unidos demostraban que el nivel promedio de los primogénitos era más elevado que el CI de los hermanos nacidos más tarde. Además, el CI medio de los nacidos en segundo lugar era más elevado que el de los niños que ocupaban el tercer lugar.²⁰

18. Altus, William D., «Birth order and its sequelae», *Science*, 151 (7 de enero de 1966), p. 45.

19. *Ibidem*.

20. Rohrer, Julia M.; Egloff, Boris; y Schmukle, Stefan C., «Examining the effects of birth order on personality», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112, 46 (17 de noviembre de 2015), p. 14225. Estas diferencias en el CI medio no tienen por qué ser grandes. Sin embargo, incluso las diferencias más modestas en el CI medio pueden traducirse en grandes disparidades en la representación de los distintos grupos entre los CI de 120 o superiores —la clase de CI que suele encontrarse entre las personas que forman parte de las profesiones más elitistas y que atraen un mayor interés—. La mayoría de los analistas están bastante menos interesados en la clase de personas que trabajan detrás del mostrador de un restaurante de comida rápida que en aquellas que trabajan en un laboratorio de química o como médicos o ingenieros.

En los Países Bajos, se descubrió un patrón similar entre los jóvenes que realizaron un test de inteligencia cuando hacían el servicio militar. De media, los primogénitos obtenían una puntuación más elevada en los exámenes de inteligencia que los nacidos más adelante.²¹ También se obtuvieron resultados similares en los test de inteligencia realizados en Noruega.²² El tamaño de las muestras de estos estudios era de una magnitud de cientos de miles.²³

Las ventajas de los primogénitos parecen trasladarse a muchos otros ámbitos en fases posteriores de la vida. Los datos sobre los estudiantes de Medicina varones de la Universidad de Míchigan, pertenecientes a la promoción de 1968, revelaron que la proporción de primogénitos duplicaba el porcentaje de los nacidos en cualquier otro lugar; y que era diez veces más elevada que la de los alumnos nacidos en cuarta posición o más tarde.²⁴ Un estudio de 1978 sobre los candidatos a la Facultad de Medicina de Nueva Jersey reveló que los primogénitos estaban sobre-representados entre los solicitantes, y más todavía entre los que al final consiguieron entrar en la universidad.²⁵ Otros estudios, que en algunos casos se remontan al siglo XIX, muestran resultados similares.²⁶

21. Belmont, Lillian; y Marolla, Francis A., «Birth order, family size, and intelligence», *Science*, 182, 4117 (14 de diciembre de 1973), p. 1098.

22. Black, Sandra E.; Devereux, Paul J.; y Salvanes, Kjell G., «Older and wiser? Birth order and IQ of young men», *CESifo Economic Studies*, 57, 1 (2011), pp. 103-120.

23. Belmont; y Marolla, «Birth order, family size, and intelligence», art. cit., pp. 1096-1097; Black; Devereux; y Salvanes, ibídem, p. 109.

24. Cobb, Sidney; y French, Jr., John R. P., «Birth order among medical students», *Journal of the American Medical Association*, 195, 4 (24 de enero de 1966), pp. 172-173.

25. Layman, William A.; y Saueracker, Andrew, «Birth order and sibship size of medical school applicants», *Social Psychiatry*, 13 (1978), pp. 117-123.

26. Altus, William D., «Birth order and its sequelae», art. cit., pp. 44-49. Véase también Albert, Robert S., «The achievement of eminence: a longitudinal study of exceptionally gifted boys and their families», en Subotnik, Rena F.; y Arnold, Karen D. (eds.), *Beyond Terman: Contemporary Longitudinal Studies of Giftedness and Talent*, Ablex Publishing Corporation, p. 293, Estados Unidos, 1994.

Muchos otros países no tienen unos porcentajes tan elevados de acceso a la universidad como Estados Unidos. Pero, sean cuales sean los porcentajes de un país concreto, los primogénitos suelen acceder en mayor proporción a la educación superior que los nacidos en otras posiciones. Un estudio sobre la población británica realizado en 2003 reflejó que el 22 por ciento de los primogénitos conseguían un título de grado universitario, mientras que el porcentaje entre los nacidos en cuarto lugar era del 11 por ciento y sólo del 3 por ciento para los que se encontraban en el décimo puesto.²⁷

Un estudio sobre más de veinte mil jóvenes realizado en Francia a finales del siglo xx demostró que el 18 por ciento de los varones que eran hijos únicos completaban cuatro cursos de estudios universitarios, en comparación con el 16 por ciento de los primogénitos; y sólo el 7 por ciento de los hombres que habían nacido en quinta posición u otra posterior. Entre las mujeres, la disparidad era un poco mayor. El 23 por ciento de las hijas únicas completaban cuatro años de universidad, en comparación con el 19 por ciento de las hermanas mayores y con el 5 por ciento de aquellas nacidas en quinta posición o más tarde.²⁸

Las diferencias por el orden de nacimiento persistían a medida que cada persona avanzaba en su carrera profesional. Un estudio sobre 4.000 estadounidenses concluía que «la caída de los ingresos medios es incluso más pronunciada» que el descenso del nivel educativo entre los sujetos nacidos primero y aquellos nacidos después.²⁹ Otros estudios han demostrado que los primogénitos están sobrerrepresentados entre los abogados que trabajan en

27. Booth, Alison L.; y Kee, Hiau Joo, «Birth order matters: the effect of family size and birth order on educational attainment», *Journal of Population Economics*, 22, 2 (abril de 2009), p. 377.

28. Gary-Bobo, Robert J.; Prieto, Ana; y Picard, Natalie, «Birth order and sibship sex composition as instruments in the study of education and earnings», documento de trabajo n.º 5514 (febrero de 2006), Centro para la Investigación en Política Económica, p. 22, Inglaterra.

29. Behrman, Jere R.; y Taubman, Paul, «Birth order, schooling, and earnings», *Journal of Labor Economics*, 4, 3, Part 2: The family and the distribution of economic rewards (julio de 1986), p. S136.

la zona de Boston y entre los miembros del Congreso.^{30, 31} De los 29 astronautas del programa Apolo, que consiguió llevar al hombre a la Luna, 22 eran los primogénitos o hijos únicos.³² Los primogénitos y los hijos únicos también estaban sobrerrepresentados entre los compositores más destacados de música clásica.³³

Pensemos un momento en cuántas cosas son absolutamente idénticas entre los niños que nacen de unos mismos padres y que crecen bajo un mismo techo —la raza, la genética, el nivel económico, los valores culturales, las oportunidades educativas, el nivel intelectual y educativo de los progenitores, así como los parientes, vecinos y amigos de la familia—, y, sin embargo, una mera diferencia en el orden de nacimiento es la causa de una disparidad demostrable en los resultados obtenidos.

Sean cuales sean las ventajas o desventajas genéricas que puedan tener los niños de una familia en particular, el único privilegio evidente del que disfrutaban los primogénitos, o los hijos únicos, es la atención exclusiva de los padres durante su desarrollo en la primera infancia.

El hecho de que, en general, los hermanos gemelos tengan de media un CI que está varios puntos por debajo de los niños que nacen individualmente refuerza esta deducción.³⁴ Es posible que el

30. Very, Philip S.; y Prull, Richard W., «Birth order, personality development, and the choice of law as a profession», *Journal of Genetic Psychology*, 116, 2 (1 de junio de 1970), pp. 219-221.

31. Zweigenhaft, Richard L., «Birth order, approval-seeking and membership in Congress», *Journal of Individual Psychology*, 31, 2 (noviembre de 1975), p. 208.

32. *Astronauts and cosmonauts: biographical and statistical data*, revisado el 31 de agosto de 1993, informe preparado por el Servicio de Investigación del Congreso, Biblioteca del Congreso, transmitido al Comité sobre Ciencia, Espacio y Tecnología, Cámara de Representantes de Estados Unidos, 103. Congreso, segunda sesión, marzo de 1994, Government Printing Office, p. 19, Estados Unidos, 1994.

33. Schubert, Daniel S. P.; Wagner, Mazie E.; y Schubert, Herman J. P.; «Family constellation and creativity: firstborn predominance among classical music composers», *The Journal of Psychology*, 95, 1 (1977), pp. 147-149.

34. Jensen, Arthur R., *Genetics and education*, Harper & Row, p. 143, Estados Unidos, 1972.

CI inferior de los gemelos tenga su origen en el vientre de la madre, pero, cuando uno de los hermanos muere antes de nacer o a los pocos días, el hermano que sobrevive tiene de media un CI similar al de los niños que nacen de forma individual.³⁵ Este hecho sugiere que, en el caso de los hermanos gemelos, como ocurre con el resto de los niños, la atención exclusiva de los padres es el factor que marca la diferencia.

Además de las diferencias cuantitativas en la atención de los padres en función del orden de nacimiento, también existen diferencias cualitativas relacionadas con las clases sociales.³⁶ Un estudio reveló que los niños cuyos padres tienen profesiones liberales oyen de media 2.100 palabras por hora, mientras que los niños de las familias de clase trabajadora oyen 1.200 palabras por hora, y los niños de familias que recurren a los servicios sociales oyen 600 palabras por hora.³⁷ Otros estudios indican que también hay diferencias cualitativas en la forma de las interacciones padre-hijo entre las distintas clases sociales.³⁸

35. Record, R. G.; McKeown, Thomas; y Edwards, J. H., «An investigation of the difference in measured intelligence between twins and single births», *Annals of Human Genetics*, 34, 1 (julio de 1970), pp. 18-20.

36. «A los tres años, de media, el hijo de un profesional había oído unas 500.000 palabras de ánimo y unas 80.000 de desaliento. Para los niños que tenían que recurrir a los servicios sociales, la situación era la contraria: oían, de media, 75.000 palabras de apoyo y 200.000 de desánimo.» Tough, Paul, «What it takes to make a student», *The New York Times Magazine*, 26 de noviembre de 2006, p. 48. Véase también: Hart, Betty; y Risley, Todd R., *Meaningful differences in the everyday experience of young American children*, Paul H. Brookes Publishing Co., p. 253, Estados Unidos, 1995. Véase también, Banfield, Edward C., *The unheavenly city: the nature and future of our urban crisis*, Little, Brown and Company, pp. 224-229. Estados Unidos, 1970.

37. «Choose your parents wisely», *The Economist*, 26 de julio de 2014, p. 22.

38. Véase, por ejemplo, Hymowitz, Kay S., *Marriage and caste in America: separate and unequal families in a post-marital age*, Ivan R. Dee, pp. 78-82, Estados Unidos, 2006; Hart; y Risley, *Meaningful differences in the everyday experience of young American children*, op. cit., p. 253; Banfield, *The unheavenly city*, op. cit., pp. 224-229. Resulta doloroso observar las futuras perspectivas de un niño nacido de una madre soltera que sobrevive gracias a las ayudas sociales y que no ha podido terminar el instituto. Carecer de la interacción con

Ante esta realidad, la suposición o la expectativa de que unos niños que crecen de maneras tan diferentes vayan a obtener unos resultados iguales o comparables no tiene ninguna base; ni tampoco la tiene que las diferencias en los resultados posteriores en el colegio, la universidad o el trabajo puedan atribuirse automáticamente a las personas que enseñan, evalúan o contratan, cuando las pruebas empíricas demuestran que la forma en que crecieron puede afectar a lo que acaban siendo cuando llegan a la edad adulta.

A la hora de la verdad, no es tan simple como que los jóvenes que crecen de formas diferentes vayan a tener unos niveles de capacidad muy diversos cuando llegan a adultos. Las personas de contextos sociales diferentes también pueden tener objetivos y prioridades distintos, una posibilidad a la que se ha prestado escasa o nula atención en muchos estudios que analizan el acceso a las oportunidades a partir del ascenso en la pirámide social, como si todo el mundo tuviera el mismo deseo de progresar y sólo las barreras sociales fueran las responsables de producir resultados diferentes.³⁹

Los logros más destacables implican múltiples factores, que empiezan por el deseo de tener éxito en una actividad concreta y la predisposición a hacer lo que haga falta para ello; sin estos requisitos, la capacidad innata en una persona y las oportunidades que ofrece una sociedad no significan nada por sí mismas, del mismo modo que el deseo y la oportunidad tampoco significan nada en ausencia de talento y habilidad.

el padre tiene sus consecuencias. «Hemos descubierto que, después de sopesar la educación, las habilidades y los ingresos de los padres, la inversión de tiempo tanto del padre como de la madre en los cinco primeros años de la vida de un niño tiene un efecto considerable en el nivel educativo alcanzado por el niño.» Gayle, George-Levi; Golan, Limor; y Soyta, Mehmet A., «Intergenerational mobility and the effects of parental education, time investment, and income on children's educational attainment», *Federal Reserve Bank of St. Louis Review*, 100, 3 (tercer trimestre de 2018), p. 292.

39. Para encontrar ejemplos y un análisis más profundo de la movilidad social, véase Sowell, Thomas, *Wealth, poverty and politics*, ed. ampliada y revisada, Basic Books, pp. 178-183, 360-375, 382-90, Estados Unidos, 2016.

Todo esto sugiere, entre otras cosas, que un individuo, un pueblo o un país puede tener algunos, muchos o la mayoría de los prerequisites necesarios para alcanzar un objetivo concreto sin conseguir finalmente hacerlo realidad. Sin embargo, esa persona, ese pueblo o ese país también puede irrumpir en escena de repente y lograr un éxito espectacular cuando el factor o los factores ausentes se incorporan por fin a la receta.

Entre los países pobres y atrasados que de repente se pusieron en primera línea de los grandes logros de la humanidad, habría que mencionar Escocia, desde el siglo XVIII, y Japón, desde el siglo XIX. Ambos países vivieron un ascenso muy rápido, si tenemos en cuenta el valor del tiempo en la historia.

Durante siglos, Escocia fue una de las naciones más pobres y rezagadas en materia económica y educativa, en la periferia del continente europeo. Se decía que ni un solo noble escocés era capaz de escribir su propio nombre en el siglo XIV.⁴⁰ Sin embargo, en los siglos XVIII y XIX, un porcentaje desproporcionado de los intelectuales más destacados de Gran Bretaña eran de origen escocés; entre ellos, James Watt en ingeniería, Adam Smith en ciencias económicas, David Hume en filosofía, Joseph Black en química, sir Walter Scott en literatura y John Stuart Mill en filosofía y economía.

Entre los cambios que tuvieron lugar en Escocia, destaca la cruzada emprendida por las Iglesias protestantes para fomentar que todo el mundo aprendiera a leer, con el propósito de que cada persona pudiera consultar la Biblia a título individual, en lugar de que un sacerdote explicara lo que decía y lo que significaba. Otro de los cambios fue una nueva cruzada, de naturaleza secolar, pero igual de apasionada, para fomentar el aprendizaje de la lengua inglesa, que sustituyó el gaélico oriundo de los habitantes de las Tierras Bajas escocesas (Lowlands), y que permitió a los escoceses acceder a nuevas fuentes escritas de conocimiento sobre diversas materias.

En algunos de esos ámbitos, como la medicina y la ingeniería, los escoceses llegaron a superar a los ingleses, y obtuvieron una fama internacional. En la mayoría de los casos se trataba de

40. Buckle, Henry Thomas, *On Scotland and the Scotch intellect*, University of Chicago Press, p. 52, Estados Unidos, 1970.

habitantes de las Tierras Bajas, y no tanto de las Tierras Altas (Highlands), quienes siguieron hablando en gaélico durante varias generaciones.

De modo similar, Japón era un país pobre, iletrado y retrasado tecnológicamente, incluso en fechas tan tardías como las de mediados del siglo XIX. Los japoneses se quedaron boquiabiertos cuando vieron un tren por primera vez: el que trajo el capitán de navío estadounidense Matthew Perry, cuyos barcos recalaron en Japón en 1853.⁴¹ Sin embargo, después de un extraordinario esfuerzo llevado a cabo por generaciones posteriores para ponerse al nivel de Occidente en materia de tecnología, aquella demostración de iniciativa situó a Japón en la primera línea de la innovación durante la segunda mitad del siglo XX. Entre otras cosas, Japón diseñó y fabricó un tren bala que superaba a cualquiera de los producidos en Estados Unidos.

Al margen de los logros de ciertos Estados nación, muchas personas individuales han protagonizado avances extraordinarios. Estamos tan acostumbrados a ver a intelectuales de origen judío produciendo obras de talla mundial en las artes y las ciencias que resulta necesario recordar que este fenómeno sólo se extendió durante los siglos XIX y XX, aunque también es cierto que en los siglos anteriores hubo algunas figuras aisladas de origen judío y de renombre internacional.

En palabras de un distinguido historiador especializado en economía: «A pesar de contar con una enorme ventaja en cuanto a la alfabetización y al capital humano durante muchos siglos, los judíos desempeñaron un papel prácticamente insignificante en la historia de la tecnología antes y durante la primera Revolución Industrial. [Y] los grandes avances en la ciencia y las matemáticas entre 1600 y 1750 no incluyen ninguna obra asociada a figuras de origen judío».⁴²

Independientemente del potencial de los intelectuales ju-

41. Daikichi, Irokawa, *The culture of the Meiji period*, Princeton University Press, p. 7, Estados Unidos, 1985.

42. Mokyr, Joel, *A culture of growth: the origins of the modern economy*, Princeton University Press, p. 256, Estados Unidos, 2017.

díos durante los años de la Revolución Industrial, y a pesar de sus conocimientos y capital humano, no solían tener la oportunidad de acceder a las instituciones propias de la sociedad europea, donde nació el proceso de industrialización. Antes del siglo XIX, los judíos no podían matricularse en la mayoría de las universidades de Europa.

A finales del siglo XVIII, Estados Unidos se convirtió en uno de los primeros países que concedió a los judíos los mismos derechos jurídicos que al resto de la ciudadanía, como resultado de la prohibición constitucional a la promulgación de leyes discriminatorias por criterios religiosos. Francia fue el siguiente, después de la revolución de 1789, y otros países empezaron a eliminar o suavizar las restricciones a los judíos en distintos momentos y lugares durante el siglo XIX.

A raíz de estos acontecimientos, los judíos empezaron a llegar a las universidades, en las que después tendrían una muy numerosa presencia. En la década de 1880, por ejemplo, los judíos representaban el 30 por ciento del alumnado de la Universidad de Viena.⁴³ Como resultado, en las postrimerías del siglo XIX y en todo el siglo XX, hubo una rápida proliferación de figuras destacadas de origen judío en numerosos ámbitos, incluso en algunos campos donde su presencia había sido prácticamente inexistente en épocas anteriores.

Desde 1870 hasta 1950, y en comparación con su porcentaje entre la población de varios países europeos y Estados Unidos, los judíos están sobrerrepresentados entre las figuras más destacadas de las artes y las ciencias. Durante la segunda mitad del siglo XX, los judíos, que representaban menos del 1 por ciento de la población mundial, recibieron el 22 por ciento de los Premios Nobel de Química; el 32 por ciento, de Medicina; y el 32 por ciento, de Física.⁴⁴

43. Beller, Steven, «Big-city jews: Jewish big city – The dialectics of Jewish assimilation in Vienna, c. 1900», en Gee, Malcolm; Kirk, Tim; y Steward, Jill (eds.), *The city in Central Europe: culture and society from 1800 to the present*, Ashgate Publishing, Ltd., p. 150, Estados Unidos, 1999.

44. Murray, *Human accomplishment*, *op cit.*, p. 280, 282.